

Normas versus actitud.

La restricción a conducir a 50 km/h en sector urbano, el uso del chaleco reflectante, las sillas para bebés, el no hablar por celular mientras se conduce, la Ley Emilia, entre otras, son normas que de a poco se han ido transformado en letra muerta. No nos damos cuenta de las veces que violentamos estas pocas obligaciones que nos autoimpusimos y lo hacemos sin ningún reparo. No hay un mínimo interés de una autocensura y no importa que nuestros hijos lo vean, se infracciona igual. La conciencia está en que “mientras no me pillen” puedo hacer lo que quiera. Nadie se da cuenta que esa actitud se copia en el niño y que él lo replicará en su propio medio.

Parece un insulto a la mediana inteligencia ver a 9 de cada 10 conductores transgredirlas, y saber que no hay sentimiento de culpa pues parece que no nos sentimos tocados por estas restricciones. No se le vaya a ocurrir a uno sonar una bocina para hacerle ver la infracción cometida por otro. Lo más probable es que le haga una encerrona y baje a pegarle.

Si esto lo llevamos al nivel educativo nos daremos cuenta que la rebeldía escolar es altísima y la mayoría se siente con el derecho de desafiar a la autoridad de sus profesores. Se incumple lo mínimo que se requiere en una etapa de formación académica, que es llevar las obligaciones que se imparten.

Lo se ve en el seno familiar, donde la carencia de afectos y la influencia del medio inciden en que padres, madres e hijos, vivan en una sociedad más que en una comunidad. La regla de oro parece ser: “vive tu vida y déjame vivir la mía, pero dame lo que quiero” y de esa manera se ha debilitado todo.

Si se quiere imponer una regla, la arremetida será: ¿y tú?, e inmediatamente se pierde el nivel de la discusión. Esto se traslada a la calle en el enfrentamiento con la autoridad policial, en los tribunales, en los hospitales y consultorios, etc. Menos mal que en nuestra región aún podemos vivir medianamente en paz.

Nos estamos volviendo ciudadanos agresivos y eso da pie para el incremento de la delincuencia, pues nos ponemos vulnerables a nosotros mismos y el que mal vive lo percibe, pues lo exudamos.

No es posible poner un policía en cada esquina y desautorizar el efecto de las cámaras y foto-radares. Debemos ser conscientes de nuestros actos y actuar en consecuencia y no vivir sólo bajo el látigo de la opresión.